

LA MUJER EN EL TEATRO DE LORCA

© Manuel Lineros Tello

Federico García Lorca es, sin duda, el dramaturgo español que mejor y más profundamente supo reflejar el alma de la mujer a lo largo de toda su obra. Mujeres son los principales personajes de sus dramas, en algunos casos, incluso únicos, como en "La casa de Bernarda Alba". Pero mujeres, concebidas no como seres femeninos opuestos a la masculinidad del varón, sino como compendio y resumen de todas las virtudes y defectos del género humano, desde la matriarca absolutista y dominadora hasta la esposa callada y obediente.

Lorca vivió su infancia y su juventud entre mujeres. Su madre y tías, sus hermanas y primas varias, además de las amigas de todas ellas. Ya de niño, organizaba en su casa veladas de teatro juvenil, en las que él distribuía entre todas ellas los distintos personajes, tanto masculinos como femeninos. Lo importante es lo que hay que decir, no quién lo dice.

No es de extrañar, por eso, que sus recuerdos juveniles, sus recuerdos de niño en un pueblo de la vega granadina, rezuman toda su obra, en especial las tragedias rurales. Son historias antiguas, oídas en los corros de las mujeres y las criadas de su casa, en las largas tardes del verano. Historias de amores contrariados, de adulterios conocidos pero silenciosos, de dramas y de muertes, historias de hombres y mujeres. Federico pudo contar esas historias como un juglar, pero lo hizo como lo que fue, como un grandísimo poeta.

Hizo de la mujer un referente político (Mariana Pineda), un "padre" autoritario y dominador (Bernarda Alba), una esposa fiel y callada (Yerma), una amante irrenunciable (la Novia de "Bodas de sangre"), pero siempre expresándolo con una prosa lírica que alcanza cotas de virtuosismo, con imágenes y versos que se quedan grabados en el corazón. Sus personajes pudieron ser hombres, pero

fueron mujeres. En Mariana Pineda pudo hacer protagonista al general Riego, pero lo hizo con una mujer. En La casa de Bernarda Alba, el personaje podría haber sido, perfectamente, el padre, y ser la madre la que muere al comienzo de la obra, pero Lorca lo convirtió en mujer.

Lorca, un hombre, hace cantar nanas a Yerma, y hace que esa nana al hijo imposible remueva los cimientos de la sensibilidad como una piedra lanzada a un estanque.

*!Ay qué prado de pena!
!Ay que puerta cerrada a la hermosura,
que pido un hijo que sufrir y el aire
me ofrece dalias de dormida luna.
Estos dos manantiales que yo tengo
de leche tibia, son en la espesura
de mi carne, dos pulsos de caballo
que hacen latir la rama de mi angustia.
!Ay pechos ciegos bajo mis vestido!
!Ay palomas sin ojos ni blancura!
!Ay qué dolor de sangre prisionera
me está clavando avispas en la nuca!
Pero tú has de venir, amor, mi niño,
porque el agua da sal, la tierra fruta,
y nuestro vientre guarda tiernos hijos
como la nube lleva dulce lluvia.*

Yerma quiere un hijo, pero su marido, no. Yerma no es una mujer estéril, es una mujer frustrada. Es una esposa fiel, que rechaza insinuaciones de otros hombres. Quiere, no, más aún, necesita, ruega un hijo a su marido, pero su marido tiene que cuidar los campos, se levanta antes de salir el sol, las tierras son propias y dan mucho trabajo y no tiene tiempo para esas cosas de niños y de mujeres.

En la romería, el personaje de la Vieja le dice: *"La culpa es de tu marido, ¿lo oyes?. Me dejaría cortar las manos. Ni su padre, ni su abuelo, ni su bisabuelo se portaron como hombres de casta. Para tener un hijo ha sido necesario que se junte el cielo con la tierra. Están hechos de saliva" "Mi hijo sí es de sangre. Como yo. Si entras en mi casa, todavía queda olor de cunas"*

Pero Yerma la rechaza. No ama a su marido, pero no concibe tener un hijo de otro hombre que no sea él. Y cuando la opresión a la que su marido y sus cuñadas la someten se le sale por la boca; cuando está harta de que la llamen marchita, sin serlo; cuando su marido le grita que no espere nunca un hijo, porque él tampoco lo espera; cuando todas las puertas se cierran a su maternidad, sólo tiene una salida: la muerte. Mata a su única esperanza de vida, a su marido. Le aprieta la garganta hasta matarlo, gritando: *"No os acerquéis, porque he matado a mi hijo. ¡Yo misma he matado a mi hijo!"*

En "Bodas de sangre", Lorca, un hombre, hace gritar de dolor a una madre que ha perdido a su hijo, como ya perdió a su marido y a otro hijo por rencillas entre familias. Una madre que reza a sus muertos en silencio, pero que no olvida. Una madre que odia las navajas hasta cuando cortan el pan, porque es el signo de la muerte. Es la madre trágica que presiente el futuro como espejo del pasado, porque los tiempos cambian, pero los hombres, no. Ha vivido dos muertes y adivina la tercera: *"Primero tu padre, que me olía a clavel y lo disfruté tres años escasos. Luego, tu hermano. ¿Y puede ser que una cosa pequeña como una pistola o una navaja pueda acabar con un hombre que es un toro?"*

Lorca enmarca el drama rural en una boda entre miembros de familias encontradas, de rencores antiguos y amores ocultos. La novia huye con un antiguo amante, Leonardo, durante el banquete, dejando a su novio. Cuando la madre ve a Leonardo en la boda, presiente la tragedia. *"Ese busca la desgracia. No tiene buena sangre" "¿Qué sangre va a tener? La de toda su familia. Mana de su bisabuelo, que empezó matando y sigue en toda la mala ralea, manejadores de cuchillos y gente de falsa sonrisa"*

Ver de nuevo a Leonardo remueve los recuerdos, la sangre derramada de sus muertos, y la tierra que los cubre. *"Me mojé las manos de sangre y me las lamí con la lengua. Porque era mía. Tú no sabes lo que es eso. En una custodia de cristal y topacios pondría yo la tierra empapada por ella"*

Da la impresión que Lorca amaba a esta Madre más que a ninguna de sus otras criaturas literarias, porque no sólo la convierte en centro y eje de la obra, sino que pone en su boca las palabras más hermosas para describir los sentimientos más dolorosos. Su lenguaje es lírica pura, metáfora continua, que hace temblar de emoción, que humedece los ojos, que lanza el alma al aire zarandeándola como una paja de trigo. He aquí una pequeña muestra:

"Aquí, aquí quiero estar. Y tranquila. Ya todos están muertos. A media noche dormiré, dormiré sin que ya me aterren la escopeta o el cuchillo. Otras madres se asomarán a las ventanas, azotadas por la lluvia, para ver el rostro de sus hijos. Yo no. Yo haré con mi sueño una fría paloma de marfil que lleve camelias de escarcha sobre el camposanto. Pero no: camposanto, no, camposanto, no: lecho de tierra, cama que los cobija y que los mece por el cielo. Quítate las manos de la cara. Hemos de pasar días terribles. No quiero ver a nadie. La Tierra y yo. Mi llanto y yo. Y estas cuatro paredes. He de estar serena, porque vendrán las vecinas y no quiero que me vean tan pobre. ¡Tan pobre! Una mujer que no tiene un hijo siquiera que poderse llevar a los labios"

Lorca, el poeta genuino, el poeta de la imagen y la palabra, el poeta de los símbolos y la metáfora, cierra la obra con un grito estremecedor, duro como el pedernal, grito de una madre de ojos secos, es el grito de la madre tierra, al fin:

*Vecinas: con un cuchillo,
con un cuchillito,
en un día señalado, entre las dos y las tres,
se mataron los dos hombres del amor.
Con un cuchillo,
con un cuchillito,*

*que apenas cabe en la mano,
pero que penetra frío
por las carnes asombradas,
y que se para en el sitio
donde tiembla enmarañada
la oscura raíz del grito.
Y esto es un cuchillo,
un cuchillito
que apenas cabe en la mano,
pez sin escamas ni río,
para que un día señalado, entre las dos y las tres,
con este cuchillo
se queden dos hombres duros
con los labios amarillos.
Y apenas cabe en la mano,
pero que penetra frío
por las carnes asombradas
y allí se para, en el sitio
donde tiembla enmarañada
la oscura raíz del grito*

Y como contraposición a esta MADRE, con mayúsculas, Bernarda Alba. Madre también, pero ¡qué distinta! Bernarda no es una matriarca, es tiranía pura. Su marido acaba de morir, las campanas doblan a muerto, pero probablemente el hubiera ordenado que tocaran arrebatos de alegría. Es seguro que en el cielo no está, porque solía, con demasiada frecuencia, levantarle las faldas a la criada tras la tapia del corral, pero donde quiera que esté, estará mejor que con Bernarda Alba. "*Fastídate, Antonio María Benavides, tieso con tu traje de paño y tus botas enterizas. ¡Fastídate! Ya no volverás a levantarme las enaguas detrás de la puerta de tu corral*" dice la criada oyendo las campanas tocando a muerto.

Bernarda es autoritaria, dominante, represiva, no admite réplicas, sojuzga y somete a sus hijas a una cárcel en vida, vírgenes laicas de clausura, dispone de sus vidas y haciendas, pero, ¡ay! Bernarda no tiene corazón y piensa que sus hijas tampoco lo tienen, y ese error desencadena la tragedia.

Una tragedia, al igual que las anteriores, originada por el sexo, un sexo reprimido, imposible de obtener. Bernarda no conoce la pasión, y ordena a sus hijas que no tengan pasiones. Bernarda domina todos los resortes de su casa, menos el corazón de sus hijas. Un sólo hombre, una figura masculina, que no aparece en la obra, la figura de un fantasma, Pepe el Romano, es el contrapunto a cinco mujeres, su objeto de deseo. Cinco mujeres enclaustradas entre cuatro paredes, sin salir a la calle, en un ambiente de dominación absoluta, cosiendo ajuares que nunca usarán, bordando sábanas que nunca mojarán si no es secando sus ojos de lágrimas.

Cinco mujeres a las que sólo llegan rumores de la calle, risas de mozos cantando, que les encienden las pasiones, pero pasiones entre labios, sin palabras, para que no las oiga su madre. Les llega la noticia de que una muchacha soltera ha tenido un hijo no se sabe con quién, y para ocultar su vergüenza, intentó matarlo y ocultarlo entre unas piedras, pero unos perros con más corazón, lo sacaron y lo pusieron en el tranco de la puerta. Bernarda se convierte en juez, no sólo ya de sus hijas, sino de todo el pueblo. *"Que vengan todos con varas de olivo y mangos de azadones, que vengan todos para matarla. Y que pague la que pisotea su decencia. Acabad con ella antes de que lleguen los guardias. Carbones ardiendo en el sitio de su pecado"*

En unos personajes de esta naturaleza no hay poesía, y Lorca no lo hace. Donde no hay sensibilidad ni sentimiento, no puede haber poesía. Lorca utiliza una prosa de palabras duras, un lenguaje poético, pero duro, inusual en su obra literaria. Es sintomático que en la casa de Bernarda, no canten ni los pájaros, sólo una pobre vieja medio loca, la madre de Bernarda, que está ajena a ese mundo de opresión:

*Ovejita, niño mío,
vámonos a la orilla del mar;
la hormiguita estará en su puerta,
yo te daré la teta y el pan.*

La casa de Bernarda Alba, como obra teatral, es precursora del teatro moderno. Su clima claustrofóbico, su ambiente cerrado a cal y canto, es precursor del teatro de Becket ("Esperando a Godot"), y de Ionesco ("Rinoceronte") y en algunas obras de Brecht ("Santa Juana de los mataderos").

Finalmente, sólo unas palabras sobre la figura de Federico García Lorca. Federico fue asesinado el 18 de Agosto de 1.936, junto a otros condenados, sin juicio previo, porque, entre otras cosas, no había nada que juzgar. Lo asesinó la incuria, la incultura, la sinrazón, el odio visceral, el machismo, la envidia de los inútiles. Su cuerpo fue enterrado en un barranco a las afueras del pueblo de Viznar, y todavía sigue allí. Nunca se ha hecho nada por recuperar sus restos, y darle una sepultura digna.

Tampoco sabemos donde está enterrado Velázquez, ni Goya (sólo sabemos que no tiene cabeza), ni otras muchas glorias de nuestra cultura, de nuestro arte o de nuestra literatura.

Sí se sabe con exactitud donde están enterrados los restos de todos los Reyes de España, los Cardenales, duques y nobles, y Grandes de España.

También conocemos dónde reposan los restos del verdugo. Cuando Federico fue detenido, el gobernador militar de Granada no quiso asumir la responsabilidad de ordenar su muerte, por la repercusión internacional que esa muerte significaría, y el desprestigio para la causa de los sublevados. Pidió órdenes a su jefe inmediato, el Capitán General de Sevilla, General Queipo de Llano, quién ordenó el fusilamiento con estas palabras: "Dale café, dale mucho

café". Los restos del general Queipo de Llano reposan en Sevilla, en la Basílica de la Macarena, a los pies de esa imagen tan querida de los sevillanos, la Virgen Esperanza Macarena, de cuya cofradía fue Hermano Mayor.

Pero todavía hoy, casi 70 años después de su muerte, es imposible llevar unas flores a la tumba de Federico García Lorca, en agradecimiento a tantas emociones, a tantos sentimientos como nos ha transmitido a lo largo de nuestra vida.